

La catástrofe: fenómeno social

Con el tiempo se ha modificado el concepto de las catástrofes y sobre todo de sus orígenes. No obstante, a lo largo de la historia, se les consideraron «actos de Dios» e incluso, fuera de la civilización occidental, se les situó dentro de un marco religioso. Ya fueran erupciones volcánicas o huracanes, se atribuía el origen de la catástrofe al ámbito de lo sobrenatural.

Recientemente y a raíz del aumento de las ideologías no religiosas, el término «catástrofe natural» sustituyó a la explicación sobrenatural: los seísmos son el resultado de la dinámica de las placas y las inundaciones las consecuencias de lluvias abundantes. Sin embargo, independientemente del origen, la responsabilidad era achacada a una fuerza exterior más allá de los simples seres mortales.

Por otro lado, durante los últimos decenios se ha vuelto inconcebible imputar toda la responsabilidad a Dios o la naturaleza, por ende, imponiéndose la noción de catástrofe ocasionada por el hombre. En primer lugar, esta noción vinculada a los accidentes tecnológicos, se aplica también cada vez más a los fenómenos naturales y, en parte, era el resultado de una observación lógica en la que un terremoto o una explosión química, por ejemplo, no producían necesariamente una «catástrofe». Así pues, una deformación natural de la corteza terrestre es un seísmo, y la transformación de un líquido inerte en un gas expansivo, una explosión química. Pero, a menos que haya graves repercusiones en la sociedad, estos hechos siguen siendo un fenómeno geofísico o un proceso químico; pongamos por caso, un seísmo en una zona despoblada o una explosión en un tanque. A los «actos de Dios», o de la Naturaleza, se remplazaron progresivamente los actos de hombres y mujeres, o de la sociedad.

Importancia de las consecuencias sociales

En realidad, la mayoría de los investigadores que se interesan en las catástrofes reconocen que una catástrofe natural o incluso tecnológica no existe como tal, sino que todas y de cualquier modo son fundamentalmente el resultado de la intervención humana. Una catástrofe no es un fenómeno físico sino un hecho social. Hablar de catástrofes naturales es, por lo tanto, un contrasentido puesto que no pueden existir fuera de las actividades y de las decisiones humanas, incluso de las sociedades. Las inundaciones, los tornados, las erupciones volcánicas, los seísmos, los tsunamis y otros «agentes naturales de catástrofes» sólo tienen consecuencias sociales cuando son el fruto de actividades individuales y comunitarias y cuyo



impacto se siente antes, durante y después de la catástrofe. Dejar que las poblaciones se conglomeren densamente en valles inundados, contar con protecciones antisísmicas mediocres en la construcción, demorar la evacuación de las laderas volcánicas, dar información errónea o falso aviso sobre los tsunamis, por ejemplo, son factores de mayor importancia que la catástrofe en sí y los riesgos de ocasionar víctimas, pérdidas económicas, tensiones psicológicas y trastornos en la vida cotidiana son mayores.

Desde ese punto de vista, una catástrofe natural no existe nunca y más bien es una conjunción de ciertos eventos físicos y sociales. Sin lo segundo, lo primero, o sea, los «hechos de activación» no traen consigo impacto social alguno. En realidad, un hecho de activación puede estar completamente ausente y, sin embargo, podrá producir una catástrofe en el sentido social de la palabra. Basta con observar los comportamientos en caso de amenaza o de falso aviso de tsunamis o de inundaciones que, a veces, provocan la evacuación o perturban la vida comunitaria. Los incendios en los bosques de los siglos anteriores no eran «catástrofes» en la medida en que no afectaban al hombre. En la actualidad, sólo se califica de catástrofe a los hechos que implican consecuencias sociales.

Por medio de ese razonamiento podemos considerar todas las catástrofes de origen natural o no como fenómenos sociales.

Buena parte de las catástrofes se podrían evitar...

Casi siempre se consideró que las catástrofes «tecnológicas» corrían parejas con determinados componentes sociales. ¿Quién se atrevería a afirmar que una catástrofe química, un accidente nuclear o de transporte, un incendio o una explosión son producidos por un agente «natural»? Más bien son producto de errores y fallas humanas; sin embargo, a diferencia de las catástrofes naturales, el hombre puede impedir las catástrofes tecnológicas.

A raíz de ese nuevo concepto de la catástrofe, considerados ante todo como fenómenos sociales, se derivan cinco postulados:

1. En los ámbitos de la prevención y de la atenuación se debe privilegiar el aspecto social en vez del material. Si en cierto modo las catástrofes son la manifestación de las debilidades de un sistema social, conviene corregir esas flaquezas. Si las poblaciones viven cerca de un volcán en actividad o, en construcciones de estructuras parasísmicas defectuosas, lo que es siempre fruto de acciones humanas y de deci-



siones sociales, es indispensable dar nuevo albergue a esas poblaciones y aplicar las normas parasísmicas de construcción. Dicho de otro modo, habría que modificar las actitudes y los comportamientos. Los problemas de orden social reclaman soluciones a la sociedad.

2. Por la estrechez de mente de los planificadores, cuyas decisiones en materia de tecnología se basan principalmente en consideraciones técnicas, se originan ciertos problemas e incluso catástrofes. Recientemente, el autor Love ilustraba ese punto de vista de la manera siguiente:

Las decisiones que adoptan muchos ingenieros para el emplazamiento de los embalses son de índole únicamente técnica. Casi cerca de un siglo, en los Estados Unidos se han mantenido luchas políticas para determinar el lugar de instalación de los embalses y ello demuestra el hecho de que las decisiones «únicamente técnicas» perjudican una serie de valores de diversas comunidades. ... Buena parte de la contaminación del agua en este país se puede atribuir a las creencias de los ingenieros a principios del siglo veinte cuando ellos aducían el vertido de desechos en los ríos para fines de limpieza urbana. La disolución es la solución a la contaminación. Las objeciones de la salud pública con respecto a esta práctica que contaminaría las reservas de agua de las comunidades río abajo no se tomaron en cuenta pues se presentaron otras soluciones de in-

geniería: la filtración y el tratamiento del agua doméstica en el punto de toma.

3. «Más vale prevenir que curar». Aunque es imposible impedir que la tierra tiemble, en una legislación se puede prohibir la construcción de centrales nucleares o de industrias químicas sobre fallas geológicas o en las cercanías de ellas, o desalentar las prácticas agrícolas que empobrecen la tierra y causan la sequía. Como quedó demostrado en las grandes diferencias registradas en los seísmos de Armenia y de Loma Prieta, en California, siendo las consecuencias más graves en Ucrania que en los Estados Unidos, el número de las víctimas y la importancia de los daños materiales dependen mayormente de las normas de construcción, de la legislación vigente y las previsiones en la materia y no, en la fuerza del terremoto en sí.

... por la puesta en marcha de los programas de prevención

4. Los factores internos se deben destacar en vez de los externos. Una catástrofe no es una fuerza externa que trastorna un sistema social, sino la manifestación de imperfecciones y debilidades de una sociedad. A modo de ejemplo, la amenaza de un huracán no «cierne» simplemente, más bien reside fundamentalmente en el sistema social. Como Sapir y Lechat escribieran:

Dos de las mayores hambrunas desde la segunda guerra mundial afectaron a países cuya producción agrícola era normal o buena en el año del hambre... Etiopía era exportador agrícola neto en 1973. Bangladesh y Bengala produjeron más cereales en 1974 y en 1941 que en años anteriores... si la sequía es un elemento que activa el hambre, la magnitud de la catástrofe dependerá de la pobreza y el abastecimiento agrícola apenas se tomará en cuenta. Asimismo, el impacto de otras catástrofes será en función de la resistencia física y económica de la población.

5. Por último, como las catástrofes son fenómenos sociales se debería facilitar la acción en la medida en que abarque políticas y programas de desarrollo nacional y social para reducir la vulnerabilidad social. Se puede reconocer entonces que la prevención y la atenuación de las catástrofes son parte integrante del desarrollo aún si se entiende a considerarlas como esferas de acción y de responsabilidad separada. Insistir en el aspecto social de las catástrofes facilita una planificación simultánea del desarrollo social y de las catástrofes. Ese vínculo entre ambas actividades quedó explícitamente demostrado por aquellos que consideran a las catástrofes como indicadores de los errores del desarrollo y al desarrollo como parte de un proceso que reduce la vulnerabilidad ante las catástrofes. Dos investigadores escribieron recientemente acerca del tema:

Es preciso comprender que el proceso de recuperación tras una catástrofe entraña obligatoriamente una economía de desarrollo re- adaptada al medio ambiente y con recursos limitados aunque siendo un proceso distinto al que engendra el desarrollo o el subdesarrollo. En otras palabras, cabe reconocer que la «rehabilitación» sobre todo en un país pobre es un proceso de desarrollo como tal y establece una serie de normas que favorecen la adaptación de una población al medio ambiente. Después de todo, el desarrollo sólo es un proceso mediante el cual una población mejora su nivel de adaptación al entorno, satisface sus necesidades y voluntades y reduce al mismo tiempo su vulnerabilidad ante las catástrofes (Bates y Peacock, 1989).

Por estos motivos, la rehabilitación contribuye a aumentar o a disminuir el nivel de desarrollo de una comunidad humana.

Para resumir, la consideración de las catástrofes como fenómenos sociales, sólo puede incitar a los responsables de la previsión a adoptar una actitud «preventiva» en vez de «reactiva» y a prepararse de modo más realista para la atenuación y la prevención de las catástrofes así como para la revisión del país (el arreglo).

E. L. Quarantelli
Revista de la OIPC